



ABRE LA PUERTA Y ENTRA

E.L. Zimmerman

“Estoy segura que esta Navidad los Jiménez serán la familia más feliz del pueblo. Con tanto dinero que tienen podrán comprar todo lo que se les antoje.”

Eso decían muchos de los habitantes de Castillo Nuevo al contemplar con celos la majestuosa casa de los Jiménez a través de los pinos. Es cierto, si el dinero comprara la felicidad, los Jiménez serían muy felices. Todo lo que se sabía acerca de ellos en esa parte de la campiña era que la familia, formada por el juez, su esposa, y su hermosa hija Margarita, llegaron de la ciudad hacía algunos años. Pero que Margarita pronto regresó a la ciudad porque no le gustó la vida del campo. O, por lo menos, así se oía decir.

Se veía que cada Noche Buena las luces alrededor de la casa de los Jiménez quedaban encendidas toda la noche, como para guiar a un viajante cansado hacia su casa. Esta Noche Buena, mientras sus vecinos más pobres les envidiaban sus riquezas, el juez y su esposa permanecían sentados al lado de la chimenea encendida, los dos perdidos entre sus pensamientos. Por fin, la esposa levantó hacia su esposo su rostro manchado por lágrimas.

“¿Qué te pasa, mi amor?”

“Sólo te quería decir que hoy se cumplen cinco años desde que nuestra hijita nos dejó, y no hemos sabido nada de ella desde entonces.”

“Sí, cada Noche Buena de estos cinco años hemos dejado prendidas las luces y las puertas sin llave, esperando que regrese; para que, desde lejos, sepa que es bienvenida. Pero hoy casi pierdo toda esperanza.”

“¡Calla! ¿Qué fue eso? Creí haber oído a alguien llorar.”

“Sólo es el viento, mi amor. Pero para quitarte el miedo, iré a ver si hay alguien afuera. No me gustaría que ni siquiera un perro anduviera afuera en una noche tan fría como ésta, mucho menos una persona.”

No pudo oír nada más que el viento, y satisfecho, regresó al fuego. Varias veces mientras conversaban, creyeron escuchar a alguien que lloraba; pero suponiendo que era el viento, fueron a la cama tranquilos, aunque dejaron sin llave las puertas, pensando en su hija perdida.

Esa noche, mucho después de que todo quedara silencio en las calles de Castillo Nuevo, una mujer demacrada y con escasa ropa caminaba entre una tormenta de nieve hacia la “majestuosa casa de los Jiménez entre los pinos.” Varias veces casi se daba por vencida; pero viendo por las luces que le quedaban apenas unos pasos, tomaba valor y continuaba. Al llegar al portón, su corazón casi se le detiene. Sabía que el portón siempre se mantenía cerrado con llave a esta hora de la noche. *¿Qué si estaba cerrado hoy? Nunca permitiría que nadie me viera aquí*

de día. Levantó el candado y tiró de la puerta. Para su sorpresa, se abrió casi por sí sola. No creyéndose digna de entrar por la puerta principal, siguió caminando sigilosamente hacia el otro lado de la casa preguntándose por qué estaría abierto el candado y encendidas las luces. Mientras pasaba frente a las ventanas acortinadas se detuvo a ver hacia adentro. Allí frente al fuego estaba sentada la pareja de ancianos, mientras ella estaba afuera, casi congelada de frío.

¿Qué dirán cuando les cuente todo? ¿Cómo podré acercarme a ellos?

Abrazando más fuertemente su delgado saco a su helado cuerpo, se arrodilló en la grada, rendida por el cansancio, el frío y el hambre.

“¡Mamá, Papá, perdónenme!”

Pronto el sueño la venció y alivió sus sufrimientos.

A la siguiente mañana, cuando el juez abrió la puerta, dio un salto repentino hacia atrás, como si alguien le hubiera dado un golpe. Delante de sus ojos, hincada, con sus manos dobladas sobre su pecho y con escarcha sobre sus mejillas, estaba el cuerpo de su única hija.

Con manos de amor la llevó al mejor cuarto de la casa. No escatimó esfuerzo alguno para devolverle la vida, pero era demasiado tarde. Con sólo una puerta de por medio, entre ella y un hogar cálido, Margarita murió en el frío – todo por no haber abierto la puerta para entrar.

El día después de Navidad, hubo un funeral privado, y todo ese día, dos mujeres cristianas estuvieron de visita en la casa de los Jiménez. Hasta entonces, el juez no había tenido tiempo para los cristianos; pero ahora, con el corazón embargado de dolor, necesitaba que alguien le ofreciera consuelo. Mientras les relataba su triste historia, les dio oportunidad para que ellas le explicaran cómo Dios, por muchos años había dejado sus luces encendidas, y estaba esperando que él tan sólo abriera la puerta y entrara. Con lo cual Dios lo recibiría gozoso, por amor a Cristo. Pero por su rebeldía durante todos esos años pasados, ahora él también moría en el frío.

El juez nunca había pensado en el amor de Dios en esa forma. Tal mensaje fue demasiado para que lo resistiera. Les pidió a las mujeres que oraran por él; y en término de pocos minutos, ese hombre, dueño de abundantes riquezas y de espléndida vida, se encontraba sobre sus rodillas llorando como un niño. El Dios que libremente perdona a todos los que vienen a Él en arrepentimiento, perdonó los pecados de este juez.

Algunos años después, sobre su lecho de muerte, el juez dijo desde el fondo de su corazón, “¡Cuánto me alegro de haber abierto la puerta para entrar a la casa de mi Padre!”

Traducido